







EL PICO DEL DIABLO





Deon Meyer

EL PICO DEL DIABLO

Traducción de Alberto Coscarelli





Título original: *Devil's Peak*

© Deon Meyer, 2007
© de la traducción: Alberto Coscarelli, 2010
© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2010
Pérez Galdós, 36 - 08012 Barcelona
rba-libros@rba.es / www.rbalibros.com

Primera edición: abril de 2010

Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de esta publicación
puede ser reproducida, almacenada
o transmitida por ningún medio
sin permiso del editor.

Ref.: OAF1404 / ISBN: 978-84-9867-771-3
Composición: Víctor Igual, S.L.
Impreso por
Depósito legal: B-



PRIMERA PARTE

CHRISTINE





Justo antes de que el clérigo levantase las tapas de cartón, el mundo permaneció inmóvil y ella lo vio todo con mayor claridad. El hombre robusto de mediana edad tenía una marca de nacimiento en la mejilla en forma de diamante que parecía una lágrima rosa deformada. El rostro era anguloso y fuerte, el pelo ralo, peinado hacia atrás, las manos enormes y ásperas, como las de un boxeador. A su espalda, los libros cubrían toda la pared en un mosaico de colores alternados. El sol de última hora de la tarde del Estado Libre proyectaba un rayo de luz sobre la tapa del escritorio, un rayo mágico a través de la caja.

Ella posó las manos con suavidad en la frescura de sus rodillas desnudas. Le sudaban las palmas, sus ojos buscaban pistas en el más mínimo cambio de expresión, pero sólo vio calma, quizás alguna curiosidad amable reprimida por el contenido de la caja. Justo antes de levantar las tapas, intentó verse a sí misma como la veía él: evaluar la impresión que estaba intentando crear. Las tiendas de la ciudad no la habían ayudado; había tenido que usar lo que tenía. Llevaba el pelo largo, lacio y limpio, la blusa sin mangas multicolor; ¿quizás un poco demasiado ajustada para él en esta ocasión? Una falda blanca, que se había subido por encima de las rodillas cuando se sentó. Sus piernas eran suaves y hermosas. Sandalias blancas. Hebillas doradas, pequeñas. Se había asegurado de no pintarse las uñas de los pies. Sólo un anillo, una fina banda de oro en la mano derecha. El maquillaje era discreto, para disimular con delicadeza la plenitud de su boca.





Nada que pudiese delatarla. Aparte de los ojos y la voz.

Él levantó las tapas, una después de otra, y ella se dio cuenta de que estaba sentada en el borde de la silla, inclinada hacia delante. Quería echarse hacia atrás, pero no ahora, debía esperar su reacción.

Se levantó la última tapa, la caja quedó abierta.

—*Liew Genade* —dijo él en afrikáans y se levantó a medias. *Virgen misericordiosa.*

Él la miró, pero pareció no verla, y su atención volvió al contenido de la caja. Metió una de sus grandes manos, cogió algo y lo sostuvo al sol.

—Virgen misericordiosa —repitió con las manos delante de él. Sus dedos palparon buscando la autenticidad.

Ella permaneció inmóvil. Sabía que la reacción del clérigo podría decidirlo todo. Oía los latidos de su corazón.

Él volvió a guardar el objeto en la caja, apartó las manos, dejó las tapas abiertas. Se sentó de nuevo, respiró hondo como si quisiese recuperar el control y luego la miró. ¿En qué estaría pensando? ¿En qué?

Entonces él apartó la caja a un lado, como si no quisiera que estuviese entre ellos.

—Ayer la vi. En la iglesia.

Ella asintió. Había estado allí para tantearle. Para ver si sería reconocida. Pero era imposible, aunque de todas maneras había atraído bastante la atención; una joven extraña en una pequeña iglesia de barrio. Él predicaba bien, con compasión, con amor en la voz, no tan dramático y formal como los ministros de su juventud. Cuando salió de la iglesia estaba segura de que había hecho bien en acudir. Pero ahora no estaba tan segura... Él parecía alterado.

—Yo... —comenzó, su mente buscaba las palabras correctas.

El clérigo se inclinó hacia ella. Necesitaba una explicación; eso lo tenía muy claro. Los brazos y las manos formaban una línea recta en el borde de la mesa, desde el codo hasta los dedos entrelazados, apoyados planos en la superficie. Vestía una camisa con el cuello des-



abrochado, azul claro con una raya roja muy fina. Llevaba las mangas remangadas, los antebrazos cubiertos de vello brillaban bajo la luz del sol. Desde el exterior llegaban los sonidos de la tarde en una ciudad pequeña: las personas de Sotho que se saludaban las unas a las otras de punta a punta de la calle; el tractor del Ayuntamiento que aceleraba para ir al garaje; las cigarras; el machacar de un martillo que alternaba con los incesantes ladridos de dos perros.

—Hay muchas cosas que debo decirle —dijo ella, y su voz sonó pequeña y perdida.

Por fin, él se movió con las manos abiertas.

—No sé por dónde empezar.

—Comience por el principio —dijo él con voz suave, y ella le agradeció la empatía.

—El principio —aprobó ella, y su voz ganó fuerza. Sus dedos sujetaron el largo mechón de pelo rubio que colgaba sobre su hombro y lo echó hacia atrás con un movimiento rítmico y muy practicado.



Para Thobela Mpayipheli todo comenzó un sábado por la tarde en una gasolinera de Cathcart.

Pakamile, de ocho años, estaba a su lado, aburrido y cansado. El largo trayecto desde Amersfoort quedaba atrás, siete largas horas de viaje. Cuando entraron en la gasolinera, el chico suspiró.

—¿Aún nos quedan sesenta kilómetros?

—Sólo sesenta kilómetros —dijo él para consolarlo—. ¿Quieres beber algo?

—No gracias —respondió el chico y levantó la botella de Coca-Cola de medio litro que tenía a sus pies. Aún quedaba.

Thobela se detuvo delante de los surtidores y se bajó de la camioneta.

No había ni un empleado a la vista. Se desperezó; era un negro grandote; llevaba tejanos, camisa roja y zapatillas de baloncesto. Fue hasta la parte trasera de su vehículo y comprobó que las motos en la caja estuviesen bien sujetas: la pequeña KX 65 de Pakamile y su gran BMW. Aquel fin de semana habían estado aprendiendo a conducir a campo abierto, un curso oficial sobre arena, gravilla, agua, colinas, cañadas y valles. Había visto cómo crecía la confianza del chico con el paso de las horas, el entusiasmo que resplandecía en su interior, como un ascua con cada: «¡Mira, Thobela, fíjate!».

Su hijo...

¿Dónde estaban los empleados de la gasolinera?

Había otro coche en los surtidores, un Polo blanco con el motor





al ralenti, pero no había nadie en su interior. Curioso. Llamó: «¡Hola!» y vio un movimiento en el edificio. Ahora vendrían.

Se volvió para abrir el capó de la camioneta, y miró hacia el horizonte, donde se ponía el sol... muy pronto estaría oscuro. Entonces escuchó el primer disparo. Reverberó en la quietud del atardecer, él saltó, espantado, y se agachó instintivamente. «¡Pakamile!», gritó. «¡Agáchate!» Pero sus últimas palabras fueron apagadas por otro disparo, y otro, y él los vio salir por la puerta; eran dos, con las pistolas en las manos, uno cargado con una bolsa de plástico blanco con los ojos desorbitados. Le vieron, dispararon. Las balas impactaron en el surtidor, en la camioneta.

Él gritó, un rugido gutural, se levantó de un salto, abrió la puerta del vehículo y se zambulló en el interior, en un intento por escudar al chico de las balas. Sintió el temblor del pequeño cuerpo. «Tranquilo», dijo y escuchó los disparos y los proyectiles que silbaban por encima de ellos. Oyó el ruido de una puerta al cerrarse, luego otra y el chirrido de los neumáticos. Asomó la cabeza; el Polo iba hacia la carretera. Otro disparo. Los cristales de un anuncio por encima de su cabeza se destrozaron y cayeron sobre la camioneta. Entonces ya estaban en la carretera con el motor del Polo demasiado revolucionado y dijo: «Ya ha pasado, ya ha pasado», y sintió la humedad en la mano y que Pakamile había dejado de temblar y vio la sangre en el cuerpo del chico y dijo: «Dios, no».

Allí fue donde todo comenzó para Thobela Mpayipheli.

Se sentó en la cama en la habitación del chico. El documento de su mano era la última prueba que quedaba. Estaba silenciosa como una tumba, por primera vez desde que podía recordar. Dos años antes, Pakamile y él habían abierto la puerta y mirado hacia el interior de las habitaciones vacías. Algunos de los portalámparas colgaban torcidos del techo, las puertas de los armarios de la cocina estaban rotas y entreabiertas, pero ellos sólo vieron el potencial, las posibilidades de la casa que daba al río Cata y los verdes campos de la granja en la





plenitud del verano. El chico había corrido por la casa dejando huellas en el polvo. «Ésta es mi habitación, Thobela», había gritado desde el pasillo. Cuando llegó al dormitorio principal había expresado su asombro ante el enorme espacio con un largo silbido. Porque todo lo que conocía era la apretujada casa de cuatro habitaciones en Cape Flats.

Aquella primera noche habían dormido en la gran galería. Primero habían visto desaparecer el sol tras las nubes de tormenta y el crepúsculo se hacía más profundo en el patio, observaban las sombras de los grandes árboles cercanos a la verja mezclarse con la oscuridad y cómo las estrellas abrían mágicamente sus ojos de plata en el firmamento. Él y el chico, apretujados el uno contra el otro con la espalda apoyada en la pared.

«Éste es un lugar maravilloso, Thobela.»

Había una profunda sensación de comodidad en el suspiro de Pakamile, y Thobela se sintió muy aliviado, porque sólo había pasado un mes desde la muerte de la madre del chico y él no sabía cómo se acomodarían al cambio de entorno y a las circunstancias.

Hablaron del ganado que comprarían: una vaca lechera, unas pocas aves de corral («... y un perro, Thobela, por favor, un perro grande»). Un huerto junto a la puerta trasera. Alfalfa a la vera del río. Habían soñado sus sueños aquella noche hasta que la cabeza de Pakamile había caído sobre su hombro y él había acomodado al chico con mucha suavidad sobre las mantas del suelo. Le había dado un beso en la frente y le había dicho: «Buenas noches, hijo mío».

Pakamile no era de su propia sangre. El hijo de la mujer que había amado se había convertido en propio. Muy pronto había llegado a amarle como si fuera de su propia carne y sangre, y desde que se habían trasladado allí, había comenzado el largo proceso de hacerlo oficial: escribió cartas, rellenó formularios y se presentó a entrevistas. Los lentos burócratas con extrañas agendas debían decidir si él era adecuado como padre, mientras que todo el mundo podía ver que el vínculo entre ellos se había vuelto irrompible. Pero, por fin, después





de catorce meses, habían llegado los documentos; en el largo y torpe lenguaje del oficialismo estatal, ponían su rúbrica a la adopción.

Ahora estas páginas de papel amarillento era lo único que tenía. Éstas y un túmulo bajo los árboles, junto al río. Y las palabras del ministro, que pretendían dar consuelo: «Dios tiene un propósito en todo».

Dios, cuánto echaba de menos al chico.

No podía aceptar que jamás volvería a oír aquella risa. Ni las pisadas en el pasillo. Nunca lentas, siempre a la carrera, como si la vida fuese demasiado corta para ir andando. O al chico gritando su nombre desde la entrada, con la voz cargada de entusiasmo por algún nuevo descubrimiento. Imposible aceptar que nunca volvería a sentir los brazos de Pakamile estrechándolo. Eso, más que cualquier otra cosa, el contacto, la aceptación absoluta, el amor incondicional.

Era su carencia.

No había ni un momento del día o de la noche en que no recordase los acontecimientos de la estación de servicio sin llenarse de reproches. Tendría que haberse dado cuenta cuando vio el Polo vacío con el motor en marcha en los surtidores. Tendría que haber reaccionado con mayor rapidez cuando oyó el primer disparo, tendría que haberse arrojado sobre el chico entonces, tendría que haber sido el escudo, tendría que haber detenido la bala. Tendría. Era culpa suya. La pérdida era como una pesada losa, una carga intolerable. ¿Qué haría ahora? ¿Cómo viviría? Ni siquiera podía avizorar el mañana, ni su sentido, ni sus posibilidades. El teléfono sonó en la sala, pero no quiso levantarse; quería quedarse allí, con las cosas de Pakamile.

Se movió con torpeza, sintió cómo le embargaba la emoción. ¿Por qué no podía llorar? Sonó el teléfono. ¿Por qué no se manifestaba el dolor?

Sin darse cuenta, se encontró con el teléfono en la mano y una voz que decía:

—¿Señor Mpayipheli?





—Sí —respondió él.

—Les tenemos, señor Mpayipheli. Les hemos atrapado. Queremos que venga y los identifique.

Más tarde abrió la caja fuerte y guardó los documentos en el estante superior. Luego buscó sus armas, había tres: el rifle de aire comprimido de Pakamile, la carabina de calibre veintidós y el fusil de caza. Cogió el más grande y fue a la cocina.

Mientras lo limpiaba con una concentración metódica, poco a poco fue tomando conciencia de que la culpa y la pérdida no era lo único que había en su interior.

—Me pregunto si él creía —dijo ella, que ahora tenía toda la atención del clérigo. Sus ojos ya no miraban la caja—. A diferencia de mí. —La referencia a sí misma no había sido planeada y se preguntó por un momento por qué lo había dicho—. Quizás él no iba a la iglesia, pero puede que creyese. Y quizá no podía entender por qué el Señor se lo había dado y después se lo había quitado. Primero a su esposa, luego a su hijo, en la granja. Creyó que estaba siendo castigado. Me pregunto por qué es así... ¿Por qué todos lo creemos cuando ocurre algo malo? Yo también. Es extraño. Nunca conseguí descubrir por qué se me castigaba.

—¿Como no creyente? —preguntó el ministro.

Ella se encogió de hombros.

—Sí. ¿No es extraño? Es como si la culpa estuviese dentro de nosotros. Algunas veces me pregunto si estamos siendo castigados por cosas que haremos en el futuro. Porque mis pecados sólo se cometieron más tarde, después de ser castigada.

El clérigo sacudió la cabeza y respiró como si fuese a responder, pero ella no quería que la desviasen ahora; no quería romper el ritmo de su relato.

Estaban fuera de su alcance. Había ocho hombres al otro lado del cristal de una sola dirección, pero sólo se centraba en los dos por los



cuales ardía su odio. Eran jóvenes e insolentes, sus bocas alargadas en aquellas muecas de «a mí qué», sus ojos miraban con desafío a la ventana. Por un momento consideró la posibilidad de decir que no los reconocía y luego esperarlos fuera de la comisaría con el fusil de caza... Pero no estaba preparado, no había estudiado las salidas y las calles del exterior. Levantó el dedo como el cañón de un fusil y le dijo al superintendente:

—Allí están, el número tres y el cinco. —No reconoció el sonido de su propia voz; eran las palabras de un extraño.

—¿Está seguro?

—Del todo.

—¿Tres y cinco?

—Tres y cinco.

—Era lo que creíamos.

Le pidieron que firmase una declaración. Luego no había nada más que pudiese hacer. Fue a su camioneta, abrió la puerta y entró, consciente del fusil detrás del asiento y de los dos hombres en algún lugar del interior del edificio. Permaneció sentado y se preguntó qué haría el superintendente si le pedía estar a solas unos momentos con ellos, porque sentía el impulso de clavar un puñal en sus corazones. Sus ojos se demoraron un momento más en la puerta de la comisaría y después giró la llave del contacto y se marchó a poca velocidad.



La fiscal pública era una mujer xhosa y su despacho estaba lleno de los expedientes amarillo pálido de su trabajo diario. Estaban por todas partes. La mesa de escritorio rebosaba y las pilas se volcaban en las otras dos mesas y el suelo, así que tuvieron que abrirse camino hasta las dos sillas. De ella se desprendía una cualidad sombría y una vaga ausencia, como si su atención estuviese dividida entre los innumerables documentos, como si la responsabilidad de su trabajo fuese a veces demasiado pesada de cargar.

Ella se explicó. Dirigiría la acusación del Estado. Tenía que prepararle como testigo. Ambos debían convencer al juez de que los acusados eran culpables.

—Será fácil —dijo él.

—Nunca es fácil —contestó ella, y se acomodó las grandes gafas con montura de oro con las puntas del pulgar y el índice, como si nunca fuesen a ser cómodas del todo. Le interrogó sobre el día de la muerte de Pakamile una y otra vez, hasta que pudo ver el hecho a través de los ojos de él. Cuando acabaron, él le preguntó cómo los castigaría el juez.

—¿Si les encuentra culpables?

—Cuando les declare culpables —respondió él con firmeza.

Ella se acomodó las gafas de nuevo y dijo que uno nunca podía predecir el resultado de estas cosas. Una de ellos, Khoza, tenía una condena anterior. Pero era el primer delito de Ramphele. Él debía recordar que no habían tenido la intención de matar al chico.



—¿No era su intención?
—Declararán que nunca llegaron a ver al chico. Sólo a usted.
—¿Qué sentencia les caerá?
—Diez años. ¿Quince? No lo sé a ciencia cierta.
Durante un largo momento, él se limitó a mirarla.
—Así es el sistema —afirmó la fiscal con un encogimiento de hombros que la liberaba de cualquier responsabilidad.

El día anterior a que se iniciase el juicio fue en la camioneta a Umtata porque necesitaba comprar un par de corbatas, una americana y zapatos negros.

Se colocó con sus prendas nuevas delante del espejo de cuerpo entero. El vendedor comentó: «Está muy elegante», pero él no se reconoció a sí mismo en la imagen; el rostro le resultaba desconocido y la barba que le había crecido en las mejillas desde la muerte del chico era espesa y gris en el mentón y los carrillos. Le hacía parecer inofensivo y sabio.

Los ojos le hipnotizaron. ¿Eran los suyos? No reflejaban luz alguna, como si estuviesen vacíos y muertos por dentro.

A partir del atardecer permaneció en la cama del hotel, con los brazos detrás de la cabeza, inmóvil.

Recordaba: Pakamile en el cobertizo, junto a la casa, ordeñando una vaca por primera vez, torpe a más no poder, demasiada prisa. Frustrado porque las ubres no respondían a la manipulación de sus pequeños dedos. Y luego, por fin, el delgado chorro blanco que salía en ángulo para desparramarse por el suelo del cobertizo y el grito triunfante del chico: «¡Thobela! ¡Mira!».

La pequeña figura con el uniforme escolar que le esperaba cada tarde, los calcetines a media asta, los faldones de la camisa por fuera, la mochila muy grande. La alegría de cada día cuando él llegaba. Si venía en la moto, Pakamile primero miraba en derredor para ver cuál de sus amigos era testigo de ese exótico acontecimiento, esa extraordinaria máquina que sólo él tenía derecho a montar para ir a casa.



Algunas veces sus amigos venían a dormir; cuatro, cinco, seis chicos que seguían a Pakamile por el patio de la granja. «Mi padre y yo plantamos todas estas verduras.» «Ésta es la moto de mi padre y ésta es la mía.» «Mi padre plantó toda esta alfalfa él solo.» Un viernes por la noche... todos en un colchón, en el suelo de la sala de estar, apretujados como sardinas en lata. La casa había vibrado con vida. La casa estaba llena. Llena.

El vacío de la habitación le abrumó. El silencio, el contraste. Una parte de él se preguntaba: ¿Ahora qué? Intentó apartar la pregunta con los recuerdos, pero seguía resonando. Pensó mucho en ella, pero sabía de una manera inconsciente que Miriam y Pakamile habían sido su vida. Y ahora no había nada.

Se levantó una vez para orinar, bebió agua y volvió a acostarse. El aire acondicionado siseaba y resoplaba bajo la ventana. Miró el techo, y esperó que pasase la noche y el juicio pudiese comenzar.

Los acusados se sentaron uno al lado del otro: Khoza y Ramphele. Ambos le miraron a los ojos. A su lado, se levantó el abogado de la defensa: un indio alto y atlético, muy elegante, con un traje negro y corbata roja.

—Señor Mpayipheli, cuando la fiscal del Estado le preguntó cuál era su profesión, respondió que era granjero.

No contestó, porque no era una pregunta.

—¿Es correcto? —El indio tenía una voz suave, tan íntima como si fuesen viejos amigos.

—Lo es.

—Pero no es toda la verdad, ¿no?

—No sé qué...

—¿Durante cuánto tiempo ha sido granjero, señor Mpayipheli?

—Dos años.

—¿Cuál era su profesión antes de ser granjero?

La fiscal del Estado, la mujer seria con las gafas de montura de oro, se levantó.



—Protesto, Su Señoría. La historia laboral del señor Mpayipheli es irrelevante para el caso ante este tribunal.

—Su Señoría, los antecedentes del testigo no sólo son relevantes para su fiabilidad como testigo, sino también para su comportamiento en la gasolinera. La defensa tiene serias dudas sobre la versión de los acontecimientos que da el señor Mpayipheli.

—Le permitiré continuar —dijo el juez, un blanco de mediana edad con doble papada y tez rubicunda—. Responda a la pregunta, señor Mpayipheli.

—¿Cuál era su profesión antes de dedicarse a granjero? —repitió el abogado.

—Trabajaba en una concesionaria de motocicletas.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Dos años.

—¿Y antes?

Se le disparó el corazón. Sabía que no debía titubear, no parecer inseguro.

—Era guardaespaldas.

—Un guardaespaldas.

—Sí.

—Vayamos un paso más atrás, señor Mpayipheli, antes de que volvamos a su respuesta. ¿Qué hizo antes de ser, como usted dice, un guardaespaldas?

¿De dónde había obtenido el hombre esta información?

—Era soldado.

—Un soldado.

No respondió. Sentía calor con el traje y la corbata. Notaba el sudor que le corría por la espalda.

El indio buscó entre los documentos que tenía en la mesa y cogió unas pocas páginas. Se acercó a la fiscal y le dio una copia. Repitió el proceso con el juez y colocó otra delante de Thobela.

—Señor Mpayipheli, ¿sería acertado decir que tiende usted al eufemismo?



—Protesto, Su Señoría, la defensa intimida al testigo y la dirección de sus preguntas es irrelevante. —Había mirado el documento y parecía estar incómoda. Su voz había alcanzado una nota más alta.

—Denegado. Proceda.

—Señor Mpayipheli, usted y yo podemos jugar a las evasivas todo el día pero tengo demasiado respeto por este tribunal como para permitirlo. Permítame que le ayude. Aquí tengo un artículo de periódico —agitó el documento en el aire— que afirma, y cito: «Mpayipheli, un antiguo soldado Umkhoto We Sizwe que recibió entrenamiento especial en Rusia y la antigua Alemania oriental, que estuvo vinculado hasta hace poco a un sindicato del narcotráfico en Cape Flats...». Fin de la cita. El artículo se refiere a cierto Thobela Mpayipheli que era buscado por las autoridades hace dos años en relación con la desaparición de, y cito una vez más, «inteligencia gubernamental de naturaleza sensible».

Justo antes de que la fiscal se levantase de un salto, miró con furia a Thobela, como si él la hubiese traicionado.

—Su Señoría, debo protestar. Aquí no se juzga al testigo...

—Señor Singh, ¿va a alguna parte con este argumento?

—Del todo, Su Señoría. Sólo pido un momento más de la paciencia del tribunal.

—Adelante.

—¿A eso se refiere el artículo periodístico, señor Mpayipheli?

—Sí.

—Perdón, no le escucho.

—Sí. —Más fuerte.

—Señor Mpayipheli, digo que su versión de los acontecimientos en la gasolinera fue tan evasiva y eufemística como la descripción de sus antecedentes.

—Eso es...

—Es usted un militar muy entrenado, formado en las artes militares, terrorismo urbano y guerra de guerrillas...

—Protesto, Su Señoría, esa no es una pregunta.





—Denegada. Permita que el hombre termine, señora.

Ella se sentó, sacudiendo la cabeza con el entrecejo fruncido detrás de las gafas con montura de oro.

—Como le plazca a la corte —dijo, pero su tono decía otra cosa.

—Y guardaespaldas para un sindicato del narcotráfico en el Cabo durante dos años. Un guardaespaldas. Eso no es lo que dice el periódico...

La fiscal se levantó, pero el juez se le adelantó:

—Señor Singh, está poniendo a prueba la paciencia de este tribunal. Si quiere aportar pruebas, por favor espere su turno.

—Mis más sinceras disculpas, Su Señoría, pero es una afrenta a los principios de la justicia que un testigo bajo juramento se invente una historia...

—Señor Singh, evíteme el palabrerío. ¿Cuál es su pregunta?

—Como le plazca al tribunal, Su Señoría. ¿Señor Mpayipheli, cuál era el propósito específico de su entrenamiento militar?

—Eso fue hace veinte años.

—Responda a la pregunta, por favor.

—Fui entrenado en actividades de contraespionaje.

—¿Eso incluía el uso de armas de fuego y explosivos?

—Sí.

—¿Combate cuerpo a cuerpo?

—Sí.

—¿El enfrentarse a situaciones de gran presión?

—Sí.

—¿Eliminación y fuga?

—Sí.

—En la gasolinera usted dijo, y cito: «Me oculté detrás del surtidor cuando escuché los disparos».

—La guerra se acabó hace más de diez años. No estaba allí para luchar. Estaba allí para cargar...

—La guerra no se acabó para usted hace diez años, señor Mpayi-



pheli. Llevó la guerra a Cape Flats con su entrenamiento para matar y herir. Vamos a discutir su papel como guardaespaldas...

La voz de la fiscal era aguda y lastimera.

—Su Señoría, protesto de la manera más enérgica...

En aquel momento, Thobela vio los rostros de los acusados; se reían de él.

—Se acepta. Señor Singh, ya está bien. Ha dicho lo que quería. ¿Tiene alguna pregunta específica sobre los acontecimientos de la gasolinera?

Los hombros de Singh se aflojaron como si le hubiesen herido.

—Como le plazca a la corte, Su Señoría, las tengo.

—Entonces, adelante.

—Señor Mpayipheli, ¿olvidó que fue usted quien atacó a los acusados cuando salían de la gasolinera?

—No lo hice.

—¿No lo olvidó?

—Su Señoría, la defensa...

—¡Señor Singh!

—Su Señoría, el acusado... perdón, el testigo rehúye la pregunta.

—No, señor Singh, es usted quien pretende poner palabras en la boca del testigo.

—Muy bien. Señor Mpayipheli, ¿dice usted que no se enfrentó a los acusados de una manera amenazadora?

—No lo hice.

—¿No tenía usted una palanca o alguna herramienta?

—Protesto, Su Señoría, el testigo ya ha respondido a la pregunta.

—Señor Singh...

—No tengo más preguntas para este mentiroso, Su Señoría...